

EL SITIO DEL ALCÁZAR DE TOLEDO EN LA HISTORIOGRAFÍA (PRO)FRANQUISTA: UN MITO CONSTRUIDO ENTRE CRÓNICA Y LEYENDA

Daniela Aronica

Universidad de Barcelona

Ricevuto: 14/10/2017

Approvato: 13/11/2017

El mito del asedio del Alcázar de Toledo, tal como lo ha ido plasmando la historiografía (pro)franquista desde las primeras crónicas hasta la actualidad, ahonda sus raíces en una larga tradición autóctona que se remonta a Numancia y se afirma a lo largo de los siglos como arquetipo estrechamente vinculado con la memoria colectiva de la sociedad española. De ahí que Franco oriente tempranamente su construcción – en sentido autoritario y falaz – hacia esos segmentos de la población sensibles a aquellas consignas con las que se había justificado asimismo el golpe militar, así logrando el consenso necesario para su progresiva consolidación en el poder como jefe del Nuevo Estado.

Parole chiave: Historiografía siglo XX, Guerra Civil Española, Franquismo, Memoria colectiva, Hispanidad

The siege of Alcázar de Toledo in (pro)Francoist historiography: a myth built between chronicle and legend

The myth of the siege of the Alcázar de Toledo, as (pro)Francoist historiography has created it from the first chronicles to the present, has its roots in a long autochthonous tradition that goes back to Numancia and consolidates itself throughout the centuries as an archetype closely linked to the collective memory of the Spanish society.

Hence, Franco early oriented its construction -in an authoritarian and fallacious sense- towards those segments of the population sensitive to those slogans with which also the military coup d'état had been justified, thus achieving the necessary consensus for his progressive consolidation in power as the head of the New State.

Keywords: 20th century historiography, Spanish Civil War, Francoism, Collective memory, Hispanidad

*Neque rursus de philosophiis universalibus tantum hoc intelligimus,
sed etiam de principiis et axiomatibus compluribus scientiarum,
quae ex traditione et fide et neglectu invaluerunt.*

Francis Bacon, *Novum organum scientiarum*, XLIV (1620)

El mito es un elemento fundamental de la práctica política. Toda ideología recurre al mito y lo forja o reinterpreta de acuerdo con sus intereses contingentes. Esto implica en el discurso mítico un alto porcentaje de manipulación e intrínseca falsedad. Característica de todo proceso de simbolización es, en suma, la selección arbitraria de los elementos que lo conforman y su empleo fuera del contexto originario. De ahí su adaptabilidad a situaciones antitéticas con efectos, a menudo, paradójicos, al ser el mismo relato llamado a representar a bandos opuestos de una contienda, como ocurre en el caso de la utilización del mito de Numancia durante la Guerra de España¹.

El recurso a los que Bacon define *idola theatri*, que incluyen también los dogmas científicos y filosóficos que pretenden explicar la realidad sin una adecuada y probada argumentación racional, supone además un abuso epistemológico tanto más grave cuanto mayor es el grado de su penetración en el imaginario colectivo.

Los llamados “ídolos del teatro” serían, pues, aquellos cuya representación nos es transmitida fundamentalmente por las autoridades cuyas opiniones tienen para nosotros el peso del conocimiento y el carácter indiscutible de “lo verdadero”. Es decir, pensamos a través de categorías recibidas que no sometemos a crítica previa, con lo cual no somos nosotros quienes en verdad pensamos sino que lo hacemos a través de quienes nos dicen que son poseedores y únicos depositarios del conocimiento, de las doctrinas “oficiales” establecidas².

La Guerra de España se ofrece como crisol inagotable de mitos de tales características. La misma sublevación armada contra el gobierno legítimo republicano es presentada por los insurrectos como *cruzada* o *reconquista* en nombre de la *hispanidad* y contra la *barbarie roja*. Es evidente que esta lectura de los acontecimientos no busca su legitimación en el contexto real, sino en el sistema simbólico en el que se identifica

1. En realidad, se trata de una paradoja aparente que no puede causar estupor, pues, lo que se está produciendo es una comunicación mítica en la que los signos no cuentan por lo que habitualmente indican, sino por su poder evocador: su contenido racional pasa así en segundo término respecto de su contenido simbólico.

2. A. Reig Tapia, *Memorias de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, p. 152.

una parte de la colectividad española: por esto, Franco orienta tempranamente su comunicación — en el sentido autoritario y falaz descrito por Bacon — hacia esos segmentos de la población sensibles a las citadas consignas, así logrando el consenso necesario para su progresiva consolidación en el poder³.

No hace falta que lo que se proclama sea cierto: «les symboles sont plus réels que ce qu'ils symbolisent»⁴, pero sin duda unos son más elocuentes que otros.

Como es el caso del sitio del Alcázar de Toledo que, de todos los mitos producidos o revivificados por la guerra civil española, es el que más tinta ha hecho verter.

Para entender por qué esto ocurre, cabe analizar la función del arquetipo del asedio en la historia de España.

El recuerdo de un asedio, al quedar como parte integrante de la memoria colectiva de un pueblo, con el paso del tiempo se vuelve elemento fundamental de su conciencia social. Los acontecimientos relacionados con el sitio se transfiguran y se convierten en leyenda. Se construye así una tipología del cerco que caracteriza sobre todo los países en cuya historia se repiten episodios análogos. Lo cual implica la construcción y el mantenimiento de verdaderos mitos del asedio.

La defensa de la ciudad cercada se remonta a los mismos orígenes de la civilización occidental: pues, Troya, por una parte, y Jerusalén, por otra, bastarían por sí solas a definir las coordenadas de este terreno mítico, que a lo largo de los siglos la propaganda patriótica ha sabido reinterpretar con múltiples variantes y desde distintas ópticas pero, al fin y al cabo, de manera sustancialmente idéntica: se trataría de «representações instintivas, nas quais a psicologia política adivinha a capacidade de resistência do sitiado como resultado de seus valores e da proteção divina»⁵.

En algunos casos, el mito del cerco, idealizado y alimentado por los nacionalismos, llega incluso a conformar la idiosincrasia de un pueblo durante largas etapas de su historia. Como es el caso, de hecho, de España.

La serie de los cercos famosos empieza con Sagunto (219 a.C.), cuya población resiste ocho meses al asedio de Aníbal, esperando en vano las

3. El apoyo que de inmediato le garantiza la Iglesia es, quizás, la prueba más rotunda de la eficacia de la estrategia comunicativa del Generalísimo, dado que la *cruzada* será proclamada mil veces desde los púlpitos de la llamada zona “nacional”.

4. C. Lévi-Strauss, *Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss*, en M. Mauss, *Sociologie et anthropologie*, Paris, Presses Universitaires de France, 2003, p. XXXII.

5. G. Cardona, *O cerco na simbologia da História de Espanha*, en “O Olho da História”, n. 2, 1996, <http://www.oocities.org/textosdiversos/guerracivilespanholacsc.html> (09-2017).

ayudas de Roma con la que es federada. Pero la valentía de sus habitantes antes de la honrada capitulación no inspira ningún mito colectivo, quizás porque pronto fue rebasada por la inalcanzable bravura numantina. La resistencia de la ciudad celtíbera contra el invasor romano (133 a.C.) culmina en un suicidio colectivo que deja al vencedor con las manos vacías. La historia nacional hace entrega a la posteridad del primer héroe indígena, Viriato, y el adjetivo “numantino” entra como antonomasia en el vocabulario castellano para calificar al valiente en grado sumo.

Una comparación entre estos dos cercos permite profundizar en la esencia de la comunicación mítica para entender las razones por las que, de entre los sitios de la guerra civil, el de Toledo se presta a desempeñar ese fundamental papel mitopoiético más que otros de características parecidas.

Sagunto es una ciudad disputada por dos conquistadores foráneos y con uno de ellos, Roma, la ciudad ha tenido que aliarse renunciando, de hecho, a su soberanía. Este “pecado original” compromete la conversión mítica del cerco saguntino, sobre todo ante la alternativa del transparente patriotismo numantino, que así se convierte en el referente privilegiado del nacionalismo español para la antigüedad.

La Edad Media le otorga la palma del heroísmo a Guzmán el Bueno, defensor de Tarifa⁶. En 1292 la villa es reconquistada a los almohades por las tropas de Sancho IV y, dos años más tarde, es escenario del asedio árabe de los benimerines, contra el cual se enfrentó Alonso Pérez de Guzmán. El rey Sancho le había confiado la defensa de esta plaza contra las pretensiones del infante don Juan, ayudado por los benimerines al mando de Amir. Al no poder conquistarla por las armas, este amenaza a Guzmán con degollar a su hijo y así lo hace con el cuchillo que el propio

6. Luisa Isabel Álvarez de Toledo, Duquesa de Medina Sidonia, historiadora y descendiente de Guzmán el Bueno, afirma lo siguiente (el subrayado es nuestro): «El fundador de nuestra familia es Guzmán el Bueno. Aparece en la historia como caballero leonés, que baja y en la primera guerra con los musulmanes coge prisionero a un emir de quien se hace íntimo amigo. Cuando se pelea con Alfonso X, el emir le invita a Marruecos. Se va a Marruecos, hace fortuna. Viene a guerrear con Alfonso X. Vuelve a Marruecos en tiempos de Abey Yacob. Se pelea con el hijo, se viene aquí y pasa lo que pasó. Hace siete años, una amiga mía me dice que en Santa Inés de Sevilla, hay un documento de Guzmán el Bueno. Efectivamente, ahí está, en un pequeño pergamino de 1288. En este documento se dice que este señor nació ‘allen mar’. El único sitio donde se dice de dónde es. Allen mar o sea, un musulmán. ¿Por qué toda esta historia abracadabrante de que en un torneo se pelea... — nadie se peleaba — con Alfonso X? Sencillamente, porque *el héroe de Tarifa no podía ser de origen musulmán. Al fin y al cabo era un héroe. Había sacrificado a su hijo por defender la plaza. Tenía que ser un cristiano viejo*» (en “Verde Islam”, n. 1, verano 1995 — publicación digital del Centro de Documentación y Publicaciones de Junta Islámica).

padre arroja de la muralla de Tarifa. Este heroico gesto — de haberse producido — no tiene evidentemente la menor trascendencia histórica, pero la abnegación con la que Guzmán sacrifica la vida de su primogénito varón, antes que entregar la plaza, queda grabada en el imaginario colectivo, máxime cuando la propaganda franquista la asimila al análogo sacrificio del coronel Moscardó en Toledo. En realidad, el rey Sancho, a quien Guzmán confía sus servicios, tras haberle quitado la corona al padre Alfonso X, había usurpado los derechos de su hermano mayor, que legítimamente los reclamaba: desde el punto de vista histórico, el cerco de Tarifa no es más que un episodio de esta guerra de sucesión.

Pero los creadores de mitos siempre tienden a destruir la historia en aras de la leyenda, y así el gesto de Guzmán, descontextualizado, sirve como ejemplo para la posteridad, a veces con éxitos aparentemente paradójicos⁷. Baste recordar aquí lo que cuenta el historiador cubano Carlos Ripoll:

A uno de los hijos de Carlos Manuel de Céspedes, Oscar, preso en la guerra, le ofrecieron el perdón si el padre aceptaba el destierro. Pero imitando a Guzmán el Bueno en el sitio de Tarifa, les contestó Céspedes a los españoles: ‘Oscar no es mi único hijo: soy el padre de todos los cubanos que han muerto por la revolución’. Ese gesto le mereció el título de padre de la patria⁸.

Una vez más, el *topos* se repite idéntico a sí mismo, pero significativamente, en este caso, sella el comienzo de la guerra de independencia de Cuba, cuya pérdida causará una herida insanable en el imaginario colectivo español.

Mientras tanto, como consecuencia de la invasión napoleónica, el sitio de Zaragoza ya había reverdecido la larga tradición de cercos peninsulares.

Más que la catalana Gerona o la liberal Cádiz, también protagonistas de heroicas resistencias pero poco aptas para encarnar los valores del nacionalismo hispánico rancio y conservador del siglo XIX, es la capital aragonesa la que mejor se presta a alimentar la nueva leyenda antifrancesa. Esta vez el episodio no necesita grandes manipulaciones por lo que concierne a su conversión en mito: el invasor es extranjero; el general Álvarez de Castro, defensor de la plaza, muere prisionero tras las torturas del enemigo; mitad de la población zaragozana perece durante el sitio.

7. En realidad, es la propia naturaleza del mito que favorece sus múltiples (ab)usos.

8. “El Nuevo Herald”, 10 de octubre de 1999.

El mito del sacrificio noble y valiente de una ciudad le sirve al nacionalismo frustrado para enmascarar la realidad de la decadencia histórica que está sufriendo el país.

A partir de este momento,

A Espanha se idealizou em uma coletividade apossada pelos estrangeiros protestantes ou liberais, perante quem, dignamente, sofreu heróicas derrotas: a Armada Invencível, Rocroy, Trafalgar ou Saragoça. Este patriotismo vitimista rejuvenesceu no Desastre de 98, quando os bárbaros ianques afundaram a esquadra de Cervera e derrotaram os soldados de Vara del [sic] Rey. Os inimigos recuperaram seu caráter ideológico; se os antigos eram muçulmanos, otomanos ou protestantes, os modernos foram liberais e maçons⁹.

O comunistas.

Durante la guerra civil, de hecho, el bando franquista plasma la imagen de una España amenazada por la conjura internacional de los bolcheviques, a fin de legitimar y ennoblecer la causa del golpe¹⁰. De nuevo es la interpretación partidaria de un cerco la que mejor expresa la óptica del vencedor.

En los primeros meses de la contienda algunos grupos de sublevados se quedan bloqueados en territorio republicano, a saber: los cuarteles de Loyola en Guipúzcoa, de la Montaña en Madrid y de Simancas en Gijón; el Alcázar de Toledo; el santuario de Santa María de la Cabeza en la Sierra Morena. Los dos primeros caen al poco tiempo; el de Simancas a finales de septiembre de 1936; el último en mayo de 1938, tras nueve meses de resistencia. Solo el Alcázar es liberado por el Tercio de la Legión al mando del general José Enrique Varela, gracias a la obstinada determinación del propio Franco, que intuye la extraordinaria trascendencia de este nuevo cerco en el terreno de la propaganda. A una condición: la conversión de los acontecimientos históricos en mito.

Antes de analizar esta metamorfosis, cabe atar cabos respecto de lo expuesto empezando por la utilización partidaria que ambos bandos hacen, desde sus respectivas ópticas, del mito de Numancia.

Marcel Oms, partiendo de las agudas observaciones de Robert Marrast¹¹, comenta que

9. G. Cardona, *op. cit.*

10. En la posguerra, el mito del asedio le servirá al régimen para justificar de cara a la población el aislamiento político del país y las nefastas consecuencias de la autarquía.

11. Cfr. M. Oms, *La guerre d'Espagne au cinéma. Mythes et réalités*, París, Les Éditions du Cerf, 1986; R. Marrast, *Cervantès*, París, L'Arche éditeur, 1957; Id., *Le Théâtre à*

l'un des plus étonnants paradoxes de la *Numance* de Cervantes c'est qu'elle fasse l'éloge nationaliste de l'Espagne assiégée en un siècle où les armées de Philippe II portaient le fer et le feu à travers l'Europe au nom de la maison d'Autriche... De même, quelques siècles plus tard, Franco conduira-t-il la Croisade à la tête d'une armée maure, au nom du Christ-Roi...¹².

Las contradicciones señaladas dependen de un enfoque erróneo del problema, pues, se están empleando categorías racionales para analizar dos discursos simbólicos. Si no se tiene esto en cuenta, más aún sorprenderá, en el Madrid sitiado por los franquistas, la puesta en escena de la tragedia cervantina realizada por Rafael Alberti que, con pocas variantes, adapta el texto original a la coyuntura estableciendo un explícito paralelismo entre la capital y Numancia¹³, a demostración de que el mito no tiene fronteras.

El bando “nacional”, por otra parte, ya ha recurrido a la efectividad de la hazaña toledana operando un sincretismo que abarca todos los mitos anteriores, pues, la resistencia en el Alcázar es representada como suma de los heroísmos del pasado al servicio de la causa franquista. De ahí que se convierta en el punto álgido de la simbología del cerco en la historia de España.

¿Cómo interpretar de otra manera el papel de los civiles encerrados en la fortaleza si no en el sentido de una representación, por sinécdoque, de las poblaciones de Numancia y Zaragoza? ¿Qué decir del héroe Moscardó, que, como Guzmán el Bueno, no doblega ante el más cruel de los chantajes?

Es evidente que el remozamiento de los símbolos del pasado sirve también para orientar ideológicamente la lectura del presente. Así pues, ¿qué mejor ejemplo de cohesión se puede ofrecer al heterogéneo bando “nacional” que el de los sitiados — militares, falangistas y guardias civiles — combatiendo todos a una?

Pero hay otro elemento fundamental que la comunicación simbólica no descuida: esta vez el cerco tiene un final feliz. El antagonismo entre sitiados y sitiadores se resuelve con la llegada de los salvadores. Este es el rol trascendente que Franco guarda para sí cuando renuncia a marchar sobre la capital y ordena a sus tropas que se dirijan hacia Toledo. Una

Madrid pendant la guerre civile, en *Les Dossiers de L'Herne (Les Écrivains et la guerre d'Espagne)*, 1975.

12. M. Oms, *op. cit.*, p. 146.

13. La obra ya había sido representada durante el cerco de Zaragoza y, en 1937, triunfaba también en los escenarios parisinos bajo la dirección del prorrepblicano Jean-Louis Barrault.

“conversión” en la estrategia militar que prepara la otra en el terreno del mito.

Conviene analizarlas por separado a fin de distinguir, con la cautela que tales intentos requieren, la crónica de la leyenda.

Cuando se quiera escribir una historia universal de la propaganda, habrá que dedicarle un capítulo central al Alcázar de Toledo, ya que pocos acontecimientos se han manipulado tanto y tantas veces como este.

El conocido episodio se ha relatado de forma tan ideológicamente connotada desde la perspectiva de los dos bandos enfrentados, que resulta difícil encontrar las palabras para formular un análisis que resulte mínimamente objetivo. Una simple lectura de las fuentes bibliográficas al respecto demuestra con contundencia su radical polarización alrededor de dos versiones encontradas de los hechos. Y cada una con múltiples y contradictorias variantes, como es característico de la comunicación mítica, a la que pertenece casi toda la literatura *alcazareña*¹⁴.

Mi intención no es, de ninguna manera, igualar las responsabilidades éticas de cronistas e historiadores frente a este episodio de la guerra civil, sino resumir brevemente, desde una perspectiva ajena a la contienda, las diferencias que merecen ser destacadas entre las dos líneas “editoriales”, a favor de Franco o de la República. Antes conviene, sin embargo, contextualizar el famoso episodio dentro del marco bélico en el que se produce. He aquí una síntesis escueta de los más destacados acontecimientos¹⁵:

Julio

- 12 Asesinato del teniente José Castillo
- 13 Asesinato de Calvo Sotelo
- 17-18 Alzamiento en Melilla y Marruecos
- 17 El coronel Moscardó se instala en el edificio del Gobierno Militar
- 19-20 Órdenes telefónicas para la entrega de armas y municiones
- 21 Declaración del estado de guerra en Toledo y retirada de municiones de la Fábrica de Armas
- 22 Retirada de los sublevados del Hospital de Afuera
- 23 Conversación telefónica entre Moscardó y su hijo
- 25 Unión Radio anuncia la rendición del Alcázar. El capitán Alba sale para desmentirlo

14. Cfr. también D. Aronica, *La génesis de Sin novedad en el Alcázar: estudio comparativo del argumento al guión*, en “Archivos de la Filmoteca”, n. 35, junio de 2000, pp. 70-95.

15. La fuente es M. Zegrí, *La epopeya del Alcázar*, Valladolid, 1937, pp. 383-391. Pese a su carácter faccioso, se propone esta cronología por ser la que reúne el mayor número de episodios, incluso menores, que conforman la leyenda alcazareña.

- 26 Sale el primer número del periódico “El Alcázar”
- 27 Se empieza a comer caballo y a utilizar el agua de los aljibes
- 30 Se escribe en el Patio de Armas con tiza “Viva España”

Agosto

- 3 Se dirige la primera extracción de trigo
- 6 Se celebra una función de circo
- 13 Un reflector republicano es colocado en la plaza Zocodover
- 21 En el Alcázar se captan noticias de la avanzada de la columna Yagüe
- 22 Un avión “nacional” deja caer paquetes de víveres en el Patio de Armas
- 23 Aparecen mensajes de Franco
- 29 Indalecio Prieto se desplaza a Toledo

Septiembre

- 4 El capitán Vela dirige una salida para descubrir la mina
- 9 El general Rojo intenta pactar la rendición
- 11 Los sitiados reciben la visita del padre Camarasa
- 12 Mujeres y niños son trasladados a los sótanos
- 18 Explosiona la primera mina y se produce el fallido asalto republicano
- 27 Las tropas “nacionales” están a la vista de los sitiados
- 28 Las tropas de Varela conquistan la fortaleza

Esta es la materia bruta que conforma la gesta alcazareña. A partir de tales ingredientes se desarrolla aquella prolífica literatura a la que se aludía anteriormente y de la que se considera útil proponer una crono-bibliografía, a fin de trazar un cuadro representativo, aunque *a fortiori* incompleto¹⁶, de las distintas versiones de los hechos.

Las crónicas del asedio se pueden agrupar en cuatro etapas sucesivas: a) del 21 de julio al 28 de septiembre de 1936, durante el sitio; b) del 29 de septiembre de 1936 al 1º de abril de 1939, durante la guerra civil, con una prolongación hasta la derrota del Eje en la Segunda Guerra Mundial; c) de 1945 al 20 de noviembre de 1975; d) de la muerte de Franco hasta la actualidad.

A la primera pertenecen las noticias oficiales y los relatos cotidianos de los periódicos. Naturalmente, al quedar el país dividido en dos, la prensa acaba sufriendo una censura férrea y partidista bajo el control de

16. Para más referencias, cfr: R. Calvo Serer, *La literatura universal sobre la Guerra de España*, Madrid, Ateneo, 1962 (filofranquista); H. Rutledge Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, París, Ruedo Ibérico, 1963 (filorrepublicana); J. García Durán, *La guerra civil española: Fuentes (Archivos, bibliografía y filmografía)*, Barcelona, Editorial Crítica, 1985.

las autoridades políticas y militares de cada zona¹⁷. Lo mismo ocurre con las corresponsalías de guerra para el extranjero. Minimizar o enfatizar el episodio son las opuestas consignas. De parte republicana se difunden falsas noticias acerca de la rendición (“Ahora”, 28 de julio de 1936). Al no realizarse la toma, esta postura dará ventaja a la contrapropaganda. De hecho, no hay testigos de lo que ocurre en el interior de la fortaleza hasta la misión del padre Camarasa (11 de septiembre)¹⁸. Pero mientras tanto, dentro del Alcázar, se van redactando documentos que adquirirán una gran trascendencia nada más acabarse el asedio. Me refiero al *Diario de Operaciones* del Coronel Moscardó, que va del 18 de julio al 28 de septiembre; al *Diario de Operaciones* de la Comandancia Militar de Toledo, que va del 21 de julio al 31 de agosto; al periódico mimeografiado “El Alcázar”, que se publica del 26 de julio al 27 de septiembre; al diario privado del teniente de la Guardia Civil Jesús Enríquez de Salamanca, yerno del teniente coronel Romero Basart, que se interrumpe el día 19 de septiembre por la muerte de su autor¹⁹. Todos ellos no se conocen afuera, evidentemente, hasta después de la llegada de las tropas del general Varela.

Es a partir de este momento cuando la literatura del bando franquista sobre el Alcázar se incrementa de forma exponencial. Los republicanos responden a la avalancha propagandística con la censura del silencio: no tienen muchas alternativas, al quedar fuera de su alcance el acceso al lugar, a los supervivientes y a las fuentes documentales. Además, desde el punto de vista bélico, consideran inoportuna cualquier amplificación del fracaso.

Antes de analizar las discordancias, ya se puede adelantar una conclusión: las dos tradiciones son *a priori* irreconciliables, ya que la filo-franquista construye un discurso cuyos enunciados cuentan por su valor simbólico, mientras que la filorpublicana busca su validación a través de una argumentación racional.

Es el “ABC” sevillano el que se hace caja de resonancia del acontecimiento titulando a toda página, con fecha del 29 de septiembre: «El domingo, las fuerzas del General Franco conquistaron Toledo para la nueva España, libertando a los gloriosos defensores del Alcázar, cuya

17. Cfr. la paradigmática doble edición de “ABC” en Madrid (republicano) y Sevilla (nacional).

18. El general Rojo había entrado en la fortaleza para entrevistarse con Moscardó con anterioridad, pero con los ojos vendados.

19. En realidad, hay algunas dudas acerca de la autenticidad de estos materiales: ¿por qué, por ejemplo, existen dos versiones del *Diario de las Operaciones*? ¿Por qué el diario oficial empieza el 18 de julio, día del alzamiento, y no el 21, día en el que empezó el sitio? ¿Por qué el diario oficioso, publicado en el libro de Enríquez de Salamanca, comienza más exactamente el 21 de julio, pero se interrumpe el 31 de agosto?

gesta es asombro del mundo entero y anuncio a Madrid de su definitiva derrota»²⁰. A continuación aparece el *Mensaje a los cadetes del Alcázar del ilustre poeta y académico don José María Pemán*²¹. El día 30, el mismo periódico continúa alimentando la leyenda con el artículo *Moscardó rubrica el heroísmo de Guzmán el Bueno*. Quedan así forjados los dos símbolos capitales de la epopeya: el protagonismo de los jóvenes alumnos de la Academia de Infantería y la entereza del jefe del Alcázar.

Hay que resaltar, sin embargo, que la primera versión que se ofrece de las respectivas gestas sufre al día siguiente profundas modificaciones: así, el énfasis puesto por don José María Pemán sobre el papel decisivo de los cadetes choca con el número reconocido (siete en total) de los que resultaban presentes, disfrutando sus compañeros de las vacaciones; y el fusilamiento en directo de Luis Moscardó, después de una conversación telefónica con el padre en la que se pedía a este la rendición a cambio de la vida del hijo, resulta haberse producido a un mes de distancia de la supuesta amenaza y en fechas distintas a las reportadas. La fuente sigue siendo el “ABC”, sin rectificar errores: el suceso ya ha entrado en el territorio del mito.

En efecto nadie, tampoco en esta segunda etapa editorial, se preocupa por la veracidad de las noticias. Pero la euforia por la victoria y el monopolio de las fuentes reducen el control de la censura hasta el punto de que, paradójicamente, algunas versiones que resultarán incómodas para el régimen toman cuerpo en estos años. Pienso sobre todo en la responsabilidad de Franco en la guerra civil, en la presencia de rehenes en la fortaleza, en el protagonismo de la Falange y en la falsa gloria de los cadetes.

La primera monografía sobre el Alcázar se publica en Francia (Henri Massis y Robert Brasillach, *Les cadets de l'Alcazar*, Paris, Librairie Plon, 1936). En ella confluyen muchas de las verdades del “glorioso movimiento nacional”. Se les llama a los sublevados «vengeurs de Calvo Sotelo» (p. 8), se amplifican los diálogos de la epopeya (la llamada telefónica, el saludo de Moscardó a Varela en escueto estilo militar: «Ici, rien à signaler, mon general», p. 85), se renueva el espíritu de la cruzada en favor de la cristiandad de la que Toledo, como en otros tiempos Granada y Lepanto, es presentado como baluarte (pp. 91-92). Ninguna preocupación por la exactitud de los datos afecta a los autores que, siempre sin rectificar, en la segunda edición modificarán una parte del relato de acuerdo con

20. También se anuncia, dicho sea entre paréntesis, la “Felicitación de Hitler a los defensores del Alcázar y a sus libertadores”.

21. Ya a finales de agosto, Pemán y la hija de Moscardó habían tenido la oportunidad de animar a los sitiados desde Portugal a través de la radio.

las nuevas directrices políticas, estando ya echada la suerte de la guerra²². Así, por ejemplo, los cadetes desaparecerán del título, que cambia en *Le siège de l'Alcazar* (Paris, Le Presse d'Aulard, 1939), y también variarán las fechas y la dinámica del fusilamiento de Luis Moscardó, quedando por tanto readaptados justamente los dos ejes alrededor de los cuales gira la propaganda en tiempo de guerra, cuyo espíritu comparte la primera edición.

El libro se traduce a varios idiomas²³ y tiene una considerable resonancia, debido a la fama de Brasillach como poeta: la oleada editorial filofranquista queda inaugurada.

Solo citaré aquí las monografías más relevantes, empezando por *El sitio del Alcázar de Toledo* de Joaquín Arrarás y Luis Jordana de Pozas (Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1937), en el que se publican el *Diario de Operaciones* del coronel Moscardó y la colección de la revista "El Alcázar". Siguen un anecdotario de sucesos grandes y pequeños, una recopilación de la prensa "roja" sobre el asedio y, finalmente, la lista de "defensores y refugiados" con notas sobre las bajas y otros datos significativos.

Mucho más elaborada desde el punto de vista narrativo es la obra de Muro Zegrí, *La epopeya del Alcázar* (Valladolid, Librería Santarén, 1937): 414 páginas destinadas a dejar constancia de "todo" lo que ocurrió dentro y alrededor del Alcázar. Indudablemente, no le falta detalle.

Pietro Caporilli hace directa referencia a estas dos publicaciones como fuentes para su monografía sobre el Alcázar, *Spagna rossa* (Roma, Edizioni Ardita, 1938) y *L'assedio dell'Alcazar* (Roma, Unione Editoriale d'Italia, 1940)²⁴: en la primera se basará el guion de la película *L'assedio dell'Alcazar/Sin novedad en el Alcázar* (1940) de Augusto Genina²⁵, la segunda es una reelaboración novelesca del guion. Caporilli también puede haber consultado, aunque no la mencione, la traducción italiana del libro de Rudolphe Timmermans *Gli eroi dell'Alcazar* (Firenze, Sansoni, 1937). Pues este, más que Muro Zegrí, resalta el papel decisivo del capitán Emilio Vela en la organización y dirección de las fuerzas falangistas durante el sitio. Lo mismo que el jesuita Alberto Risco, quien, además, le atribuye al capitán el mérito de haber reconducido a Toledo a los cadetes

22. La fecha de su impresión es, pues, el 20 de febrero cuando toda Cataluña ya se encuentra bajo el control de Franco y tan solo resisten Madrid y un puñado de ciudades. Esta edición, como muchos libros posteriores, cuenta con la suprema bendición de Moscardó en forma de prefacio.

23. Entre estos, el italiano y el castellano.

24. Cfr. P. Caporilli, *L'assedio dell'Alcazar*, Roma, Unione editoriale d'Italia, 1940, p. 13.

25. Cfr. D. Aronica, *La génesis de Sin novedad en el Alcázar: estudio comparativo del argumento al guión*, cit.

(*La epopeya del Alcázar de Toledo. Relación histórica de los sucesos desde los comienzos hasta su liberación, 21 julio a 28 septiembre de 1936*, Burgos, Imprenta Aldecoa, 1937): con este halo heroico se caracteriza también al homónimo personaje del guion. Curiosamente, en la versión española de la película²⁶, su nombre se cambia en Dávila. Es que para entonces, en España, la leyenda se va depurando en función de los cambios en la línea política del régimen: los héroes falangistas, evidentemente, ya son menos orgánicos.

En la edificación del mito no puede faltar la contribución de los poetas. No se resisten a la tentación de celebrar la gesta alcazareña Gerardo Diego y Manuel Machado. Este último lo hace en el surco ya trazado por Pemán: el del paralelismo entre Moscardó y Guzmán el Bueno. *Tarifa-Toledo. Ayer y hoy*, así se titulan los versos en los que se exalta la reencarnación del héroe de Tarifa en el de Toledo. La continuidad entre pasado y presente queda reflejada en el mito del asedio como componente idiosincrásico de la historia de España: «No faltó España a la suprema gloria, / ni otro Guzmán a la tremenda hazaña!». En los versos de Diego aparece, en cambio, entre mucha retórica, otro tópico importante porque, a su alrededor, girará mucho arte franquista de la época: las ruinas. «Oh, ruina del Alcázar. / Yo mirarte no puedo, / convulsa flor de otoño, sin asombro. / Vivero de esforzados capitanes, / nido de gavilanes. / Huevo de águila: Franco es el que nombro». También se asiste a otro cambio trascendente, que estos versos comparten con todas las publicaciones de la inmediata posguerra: la identidad de Moscardó difumina en el genérico «vivero de esforzados capitanes» del que sólo emerge un águila, el propio Franco. La pérdida de protagonismo del heroico coronel en beneficio del caudillo se produce en pocas semanas. Tras la obligada entrega de la Laureada de San Fernando al defensor, el discurso simbólico de la propaganda se moviliza hacia el salvador. Ni Franco, desde que opta por dirigir sus tropas sobre Toledo, ha tenido otro objetivo que el de quedarse con el protagonismo (y el mando) absoluto de la “cruzada”, objetivo que alcanza también gracias a la “liberación” del Alcázar.

Dos libros intentan decir la última palabra sobre este asedio: la *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)* de Manuel Aznar (Madrid, Ediciones Idea, 1940), en el que figura un amplio capítulo dedicado al episodio (pp. 183-212), y el *Diario del Alcázar* del general Moscardó (Madrid, Ediciones Atlas, 1943). Es evidente la pretensión de veracidad que recla-

26. Se trata de una coproducción hispano-italiana, realizada en doble versión para adaptarla, desde un comienzo, a las circunstancias internas de los dos países.

man estos textos ya a partir de su propio género: una obra historiográfica y un documento militar. Pero su contenido desenmascara de inmediato la finalidad propagandística, pues, la *Historia* de Aznar se construye a golpes de diálogos entre los protagonistas de los sucesos militares, retóricamente comentados por el historiador; y el *Diario* del jefe de la fortaleza presenta sospechosas variantes respecto de las versiones ya publicadas en obras ajenas. Así, de lo único que dejan constancia, es de la verdad oficial que triunfa sin oposición en la España franquista y que, hasta la muerte del dictador, solo se podrá cuestionar en el extranjero.

Mientras tanto, la derrota del Eje, que condena España a la marginación de la escena política internacional, obliga al régimen a una progresiva reconversión: conviene, si no directamente soslayar, al menos no reverdecir la gesta militar de 1936 porque esto inevitablemente recordaría la complicidad del Nuevo Estado franquista con las potencias fascistas.

Por su parte, sin esperar el final de la Segunda Guerra Mundial, ya desde 1943 Franco ha empezado a preparar el terreno para el rescate político de España. Así pues, a partir de esta fecha, tienden a desaparecer los textos laudatorios dedicados al Alcázar, tanto de la literatura, como de las artes figurativas y el cine. De hecho, en la tercera etapa editorial, será posible encontrar menciones significativas del episodio tan solo por razones de “legítima defensa”. Como ocurre con la famosa polémica, despertada a raíz de la publicación de *The Yoke and the Arrows. A Report on Spain* de Herbert Matthews (New York, George Braziller, 1957).

Una vez más, es el fiel Aznar quien replica a las tesis del periodista norteamericano con el panfleto “El Alcázar no se rinde”, cuya versión de los hechos es la única que circula en España²⁷. Es, sin embargo, un momento delicado para el país, que finalmente ha sido admitido en la ONU (1955) y está preparándose al cambio interno. Cuando la España azul y falangista cede el paso a la tecnocracia del Opus Dei, la *cruzada* y sus gloriosos episodios derivan definitivamente hacia el terreno remoto y atemporal del mito, y sus protagonistas pierden toda concreción histórica.

En la cuarta y última etapa editorial *alcazareña*, cuando se rompe el aislamiento intelectual de la España franquista, vuelven a circular, esta vez en un marco unificado, las dos verdades con sus múltiples variantes.

Pese a las limitaciones intrínsecas de toda clasificación que pretenda abarcar fenómenos complejos y contradictorios, una confirmación de la productividad de la cronología apenas trazada viene del paralelo desa-

27. Cfr. M. Aznar, *El Alcázar no se rinde*, en “Temas Españoles”, n. 38, 1957. Matthews rectificará parcialmente su posición frente al episodio de Luis Moscardó, al que en su libro había negado toda veracidad: la honradez del periodista americano servirá a la propaganda franquista para liquidar *in toto* como falsas sus tesis prorrepúblicas.

rollo del arte franquista, perfectamente asimilable al de la literatura, pese a que sus proporciones sean decididamente inferiores²⁸.

Más que en la pintura encomiástica, la contribución de las bellas artes a la construcción de la mitología alcazareña se concentra sobre todo en las intervenciones a realizarse en el mismo lugar de los hechos. Si, pues, es cierto que al final se optó por la reconstrucción del edificio-símbolo de la Toledo imperial, para llevar a cabo tal proyecto se tuvieron que vencer las resistencias de los propugnadores de la llamada “poética de las ruinas”, cuya apreciación — cabe recordarlo — “formó parte de la amalgama de opiniones, juicios y seudoteorías de la pretendida estética falangista. En este caso de acuerdo con un cierto componente romántico de Falange”²⁹.

Cuando Genina rueda *Sin novedad en el Alcázar*, la única obra realizada en el interior de la fortaleza es una cruz de madera en recuerdo de la hazaña. Su gran intuición, desde el punto de vista dramático, es la decisión de representar, gracias a los trucos cinematográficos, el martirio de un Alcázar casi personificado ante la mirada de los espectadores³⁰. En este proceso de muerte y resurrección, el plano final de liberadores y liberados entre las ruinas cobra el mismo valor simbólico que el tema del “Triunfo de Cristo sobre la muerte” tiene en tanta iconografía cristiana.

¿Cómo no recordar el *Retrato del Generalísimo Francisco Franco* (1939), montado en un caballo blanco, realizado por el entonces director del Museo del Prado Fernando Álvarez de Sotomayor?

28. Cfr. Á. Llorente, *La representación en el arte franquista del mito del Alcázar*, en “Archivos de la Filmoteca”, n. 35, junio de 2000, pp. 60-69.

29. *Ivi*, p. 69.

30. Cf. D. Aronica, *L'assedio dell'Alcazar / Sin novedad en el Alcázar (1940) de Augusto Genina: análisis de una película restaurada*, en “Quaderni del CSCF”, n. 3, 2007, pp. 164-174.